
Concilio Vaticano II: Apertura a una Nueva Evangelización

*Mario Gutiérrez J., S.J.**

En la coyuntura histórica de la celebración del vigésimoquinto aniversario de la clausura del magno evento eclesial, auténtica presencia del Espíritu, que ha sido el Concilio Vaticano II, miremos al pasado inmediato, de cara a la conmemoración, ya inminente, de los quinientos años de la evangelización latinoamericana. ¡ Nos urge el llamado pontificio a una nueva evangelización!

¿Qué implica para nuestra Universidad esta toma de conciencia histórica en su diario quehacer? Responder a este interrogante es lo que pretendemos en el presente Coloquio.

No existe una valoración uniforme de lo que ha implicado el Concilio Vaticano II. Para muchos ha marcado un verdadero “cambio”, “una puesta al día” de la Iglesia en su ser y en su actuar en nuestro mundo. Para otros es un Concilio de “transición”, que no alcanzó una completa y coherente realización y acaba-

miento. Hasta se ha llegado a pensar en clave “trágica” en un fracaso por coalición de fuerzas desencadenadas. De todas maneras, calificarlo como un Concilio de “transición” es afirmar algo positivo: ha desatado procesos de trascendencia inimaginable. Y lo que debemos preguntarnos es: ¿ Hacia dónde nos lleva esta transición? ¿Cuál puede ser su término, según la lógica interior del Concilio?

Un siglo antes, en 1864, la Iglesia se había propuesto una toma de conciencia, referente al “modo de estar” suyo en las modernas sociedades, ante el racionalismo absoluto, el naturalismo y el inmanentismo. La posición de ese entonces fue defensiva. Y es apenas obvio que el famoso documento denominado Syllabus, en su contexto se opusiera abiertamente a la postulación filosófica de una divinidad hecha a la medida de la “razón” propia de la modernidad. Esto explica el

* Decano Académico de la Facultad de Teología, Universidad Javeriana. Doctor en Teología, Universidad Gregoriana, Roma.

rechazo global a todo lo que cabía bajo el rótulo de "modernismo".

En el Concilio Vaticano II, la Iglesia del siglo XX vuelve a plantearse una toma de conciencia semejante, para una serie de orientaciones globales y de tomas de posición particulares sobre su ser y su actuar en nuestro mundo. Con una intuición poderosa y básica el Concilio llega a explicar del modo más auténtico y profundo el propio ser y el propio actuar de la Iglesia en términos de signo-sacramento, capaz de testimoniar el amor salvador de Dios revelado en Jesucristo.

En línea con esta intuición fundamental se comprenden las "novedades" conciliares en las grandes constituciones y demás decretos particulares. En la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et Spes* (Los gozos y las esperanzas) aparecen aires nuevos de apertura al mundo con connotaciones afectivas optimistas. El Concilio contempla las posibilidades del mundo contemporáneo en profunda sintonía con el deseo de progreso ilimitado y creciente para todos los hombres y mujeres del planeta. Quiere anunciar a todos de qué manera entiende la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo actual. Pretende revisar su manera de estar activa entre los hombres y las sociedades de hoy, en una actitud genuinamente "pastoral". De ese modo deja toda posición defensiva y se coloca en otro momento dialéctico por referencia al *Syllabus* de 1864.

Un método experiencial, de

aproximación a lo espiritual, a través de lo sensible, señala una novedad: escrutar a fondo los signos de los tiempos, a la luz del Evangelio, para encontrar que la iniciativa gratuita, personal, pero incansable y multiforme de Dios tiende a manifestarse en las necesidades y en los logros de cada época y aun de cada momento de la historia.

En la apreciación de todo lo bueno del dinamismo social, el Vaticano II se coloca en una actitud de fondo humanística: "¿Qué hacer por el hombre y por el mundo?"

He querido subrayar esta apertura visible de la Iglesia del Concilio Vaticano II al único mundo que es nuestro y que tenemos que ayudar a configurar, para justificar una recepción creativa del mismo Concilio en este vasto continente latinoamericano. La Iglesia ha recuperado su necesaria ubicación en el mundo y su responsabilidad ante él. De ellas no puede abdicar. Pasó el tiempo en que se comprendía autónomamente, como si lo que acaece en la historia no le afectara en la comprensión teológica de su identidad y de su misión. Esta la debe realizar dentro del mundo y para todos los hombres. Es un hecho innegable que supone el fin del triunfalismo y la humildad del aprendizaje. Es el pueblo de Dios al servicio del Reino de Jesús y así se presenta como signo o sacramento de salvación para el mundo y da muestras de la conversión más radical.

Muchos estaban esperando el cambio en esta América Latina crucificada y

esperanzada. El espíritu, anteriormente esbozado, fue el que facilitó la recepción del Concilio en el ámbito latinoamericano. La honradez de la Iglesia, al reconocer su pecado, abrió espacios de comunión para reconocer la verdad en el diálogo sincero y abierto, y contribuyó a fomentar el espíritu de creatividad y de esperanza activa.

La recepción creativa del Concilio produjo como fruto más significativo la Iglesia de los pobres, sancionada por Medellín y Puebla. No puede ser éste el lugar para desentrañar todo el rico contenido y las implicaciones de compromiso de esa realidad de la Iglesia, que anuncia la justicia y la paz y denuncia la pobreza, en que viven millones de latinoamericanos, como el más devastador y humillante flagelo, como un rechazo al Señor mismo, que es contrario al plan del Creador y al honor que se merece.

Toda la denuncia eclesial latinoamericana va dirigida contra la idolatría, que absolutiza lo que no es Dios y sobre todo propicia la muerte de tantas víctimas inocentes del egoísmo en todas sus formas, para hacer prevalecer una serie de antivalores que ponen en tela de juicio los valores del Evangelio.

En esta encrucijada dolorosa de nuestros países latinoamericanos, y particularmente de Colombia, la Iglesia tiene que elegir entre la vida y la muerte en sus formas bien históricas de pobreza, que genera muerte lenta pero real o muerte violenta y represiva, sumo empo-

brecimiento, a quienes simplemente luchan por vivir.

¿No explicarán todas estas circunstancias históricas la manera concreta como la Iglesia latinoamericana comprende la nueva relación Iglesia-mundo? La novedad del Vaticano II exige ciertamente que la Iglesia vaya al mundo, como éste se presenta. ¿No es consecuente, entonces, que la comunidad eclesial que está peregrinando en América Latina, comprenda ese ir al mundo como un ir preferencialmente a los pobres? Es una encarnación que supone costosas exigencias y una conversión fundamental de la Iglesia. El diálogo con el mundo se torna solidaridad efectiva: "Queremos que la Iglesia de América Latina sea evangelizadora de los pobres y solidaria con ellos" (Pobreza 8), afirmó con toda claridad la Segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín 1968. He aquí la corresponsabilidad de la Iglesia. De su respuesta depende, en gran medida, el futuro del Continente y ciertamente el futuro de la misma Iglesia.

Al hacer esta explicitación de la novedad fundamental del Concilio Vaticano II y de su recepción creativa en América Latina, somos conscientes de la misión que el Papa Juan Pablo II ha reiterado a la Compañía de Jesús en su mensaje a ella, del 31 de Julio del presente año: "La Iglesia espera hoy de la Compañía que contribuya eficazmente a la aplicación del Concilio Vaticano II, igual que en tiempos de San Ignacio y mucho después, no regateó esfuerzos para dar a conocer y aplicar el Concilio de Trento" (Nº6)

En consecuencia, es deber de la Universidad Javeriana, como universidad de la Compañía, contribuir a la aplicación del Concilio Vaticano II, con todas sus implicaciones y consecuencias.

¿ No será ésta la exigencia de una nueva evangelización para nosotros? Seguramente no se trata de cambiar el Evangelio, que sigue siendo la norma inalterable y siempre válida, sino hacer plenamente efectivo ese mismo Evangelio con renovado entusiasmo y por caminos de total liberación.

Conscientes, como universitarios, de la tarea que tenemos que cumplir en bien de los demás, buscaremos incansablemente lo que sea mejor. No existe ningún campo de la ciencia que sea neutral. Toda enseñanza comunica valores y éstos, así como pueden promover la justicia, es posible que entren en pugna parcial o totalmente con esta misión fundamental hoy en la Iglesia latinoamericana.

La nueva evangelización nos está exigiendo la promoción de valores, en donde éstos se van desdibujando vertiginosamente. Que nuestra Universidad ponga muy en alto el amor, la vida, la

justicia, la solidaridad, y todo su esfuerzo lleve a grabar muy hondo en las mentes javerianas que vale la pena sacrificarlo todo por hacer realidad esos bienes en una sociedad que pierde la dimensión del sentido. En virtud de esta profundidad axiológica, orientamos nuestro empeño hacia una real cultura de la solidaridad.

Colombia y América Latina esperan mucho de nuestra reflexión y empeño comprometido en la docencia, la investigación y el servicio, con la mira puesta en los millones de hombres y mujeres que recorren los caminos de la extensa geografía continental, especialmente en los más débiles y necesitados. Las opciones preferenciales de nuestra Iglesia merecen la entrega de lo mejor de nosotros. La multiforme problemática humana debe encontrar una luz de nuestra parte.

“Proclamad la buena nueva a toda la creación “ (Mc 16,15): Que este mandato de Jesús a la misión encuentre una respuesta decidida de nuestra parte. La creación anhelante de plenitud, centrada en la pareja humana, espera nuestro empeño de nueva evangelización.